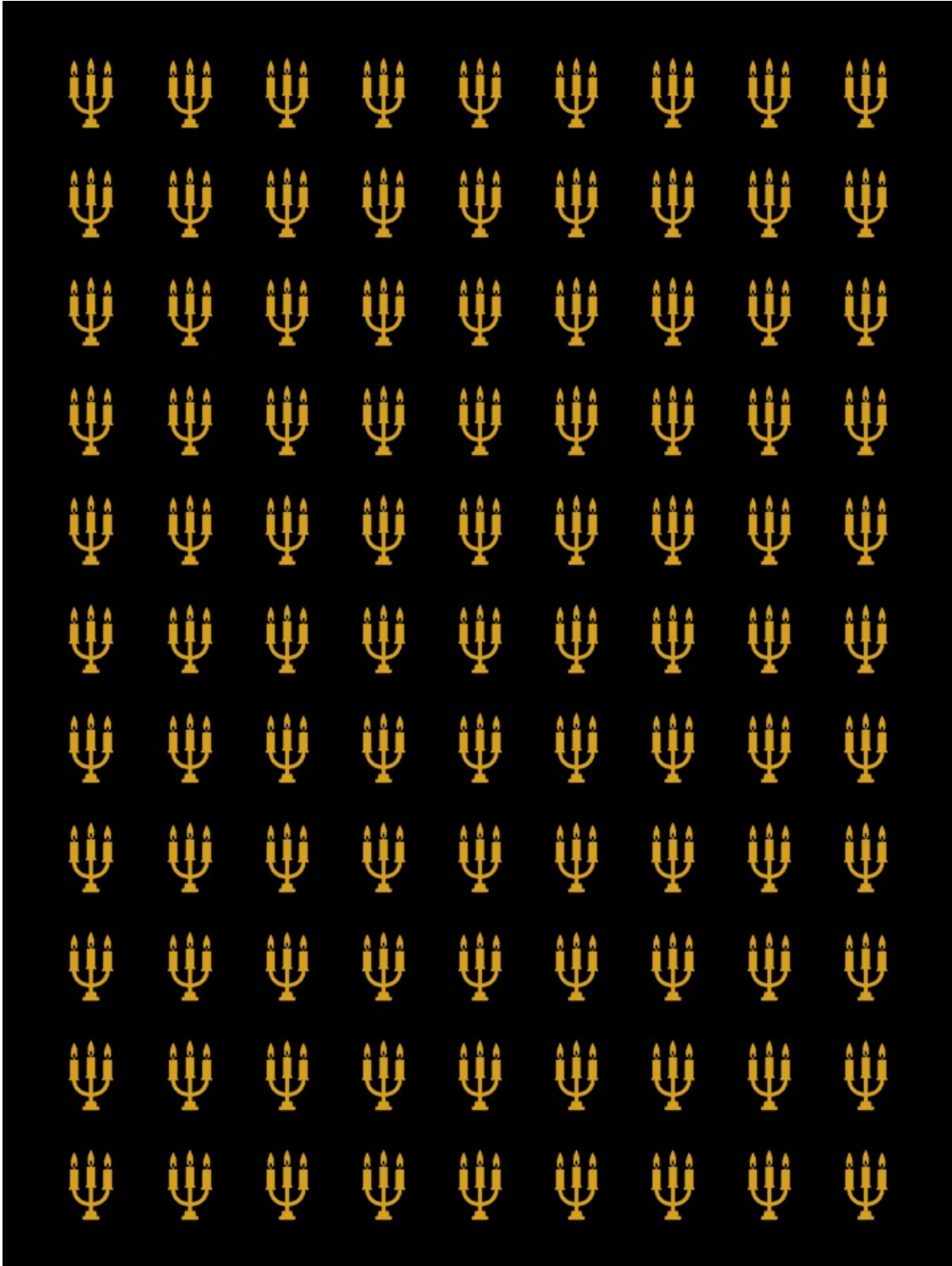


# La casa sin luces

Felipe Trigo



## Capítulo 1

El lugar estaba arrinconado sobre un recodo de la avenida, separado de la calle por una reja de fierro macizo sobre la que una buganvilla anudaba sus ramas. Del otro lado, el espacio entre los medianeros que delimitaban esta con las casas vecinas, estaba cubierto por un denso follaje de plantas y árboles que se dejaban crecer sin control, y entre los que la inmensa figura de un eucalipto se alzaba contra la noche, proyectando una monstruosa sombra sobre nosotros.

Mi abuela abarcó el lugar con una amplia mirada, como si quisiera tener una idea de la situación. Tras un momento, me miró en silencio. Desde el fondo de la calle corría una benévola brisa, cuyo frescor se conjugaba con la quietud de las estrellas que perforaban el cielo despejado, en el que clareaba el brillo de la luna. De pronto, el ruido de un auto que pasó a nuestras espaldas nos sacó del sosiego en que permanecimos por un momento. Ella pareció reaccionar y buscó en un bolsillo las llaves que traía consigo. Tuve la impresión de que mi promesa de que estaría tranquilo al venir, la había tranquilizado. Si bien había algunas cosas de las que me hablaba y que yo no entendía del todo, tal vez por mi edad —tenía trece años—, había otras que sí comprendía perfectamente, como el hecho de que este lugar tenía mucha importancia para ella. Pensaba en eso cuando escuché girar el cerrojo. El ruido metálico de la puerta resonó en el aire, nuevamente amodorrado al desaparecer el ruido del motor.

El espacio era mucho más amplio de lo que se apreciaba desde afuera. En medio, el adoquinado de un delgado sendero se perdía hacia el fondo. Nuestros primeros pasos hicieron crujir las hojas secas. La poca luz que saltaba desde el exterior desaparecía contra los altos medianeros y el follaje enmarañado, haciendo difícil saber qué otra cosa nos rodeaba aparte del enorme jardín que permanecía oculto en las sombras, y cuya presencia se volvía palpable por medio de graves y balsámicos olores, entre los que creí reconocer el persistente aroma de las rudas. Además, había una sensación de que el aire se estancaba allí por algún motivo, y que adquiriría una extraña densidad que nos oprimía a medida que avanzábamos, como un preámbulo a esa oscuridad casi inescrutable que dominaba el ámbito. Quizá por eso tuve la impresión de que la bruma se apropiaba de las formas que a ella ingresaban, convirtiéndolas en siluetas vacías y deformes. En ese momento el inesperado canto de un grillo, que repiqueteó ajeno a la pesadez de la penumbra, logró abstraerme de la perplejidad en la que me sumía lentamente. Mientras caminábamos sentí que algunos tramos de adoquines estaban rotos o removidos de sus posiciones a causa de las duras raíces del zarzal que brotaban por debajo. Quise tomar la mano de mi abuela, buscando que se apoyara en mí, pero ella, sin embargo, lograba desplazarse en medio de ese lugar con mucha facilidad. Ante esto preferí seguir el ritmo de su andar. Lentamente, aunque quizá no lo era, comencé a imaginar que ese espacio era inmenso,

como si al momento de adentrarnos cada vez más en él sus límites físicos se disolvieran para dar paso a los distorsionados confines impuestos por la oscuridad. Hasta que en cierto punto la tiniebla fue total, casi palpable y sofocante. Nada parecía rodearnos. Los ruidos se escuchaban alrededor, desde todas direcciones, y la impresión de que algo se escabullía y nos acechaba desde las plantas, me obligó a cerrar los ojos. Al abrirlos, sin saber cuántos pasos avancé de esa forma, supe que ese tramo, que creí demasiado largo, había durado solo un instante. Las hojas que habían crujido bajo nuestros pasos durante la mayor parte del tiempo, comenzaron a ser cada vez menos estridentes y entre el tenebroso follaje que tejía sus ramas desesperadamente sobre nosotros, la luz nocturna se abría paso con sutil brillo para formar un claro que se abría por delante de nosotros. Los ángulos difusos de una fachada resaltaron entre la penumbra. Tenía un aspecto descuidado y sucio, aunque no parecía del todo arruinada. Estaba pintada de un gris claro, opacado por grandes manchones de musgo que crecían entre las grietas que desmoronaban el cemento. Las ventanas, junto a un pequeño balcón que sobresalía en medio, estaban clausurados firmemente con tablones. Nos detuvimos frente a una escalinata que subía hasta una pesada y oscura puerta de madera. En ese instante miré a la abuela. Ella, sumida otra vez en sus pensamientos, volvió a revisar el manajo, cuyo campaneó pareció resonar en la amplitud de un espacio vacío. Finalmente, el metal de la llave escogida arañó la cerradura. Antes de entrar, mi abuela me deslizó una tierna mirada, como si me hubiera querido decir otra vez que no me preocupara.

La habitación era un pequeño zaguán, iluminado por algunas velas sujetas a un candelabro. Desde ellas emanaba un leve olor a combustión que impregnaba el aire, mientras sumían al espacio en el ligero ámbar de sus resplandores. Las paredes, apenas acariciadas por el tembloroso halo de las llamas, eran altas y a sus pies una gruesa alfombra se extendía por todo el piso. A un costado, sobre un arrimo, un ramo de lirios reposaba en un florero de losa. Al fondo un estrecho vano aparecía como desde las entrañas de la casa. Mi abuela, tras cerrar la puerta con cuidado, posó su mano sobre mis hombros. Por un momento la sostuvo ahí.

—¿Estás bien? —me preguntó, en voz baja.

Al mirarla, ella mantuvo sus ojos sobre los míos, apacibles, sobre los que las llamas esbozaban sus tímidos reflejos.

—Sí —le respondí, como bajo el efecto de un extraño sosiego.

En ese momento, cuando volvió a mirar al frente, me percaté de que lo hizo para observar a alguien. Aunque la aparición de la mujer me produjo cierto sobresalto, este no fue evidente. Por el contrario, llegué a sentir que de cierta forma la atmósfera había precedido su llegada. Avanzó hacia nosotros guiada por una palmatoria desde la que una vela gastada

arrojaba resplandores dorados y rojizos sobre los ángulos de sus facciones. Su melena de anchos espirales la hacía ver joven, aunque algo en su actitud le concedía cierta madurez. Sin preámbulos, mi abuela se dirigió hasta ella y la abrazó con suavidad. La mujer hizo lo mismo, incluso con ternura. «Silvia...», susurró discretamente al oído de la abuela. Luego, tras mirarme detenidamente, vino hacia mí. Lo hizo con decisión, dando pasos suaves y largos cuyos ruidos se apagaban en el alfombrado. Cuando estuvo lo suficientemente cerca posó su palma abierta en mi mejilla. «Hola, Horacio», me dijo entre labios con una ternura y familiaridad inesperada, como si algo de mí la hubiera reconfortado. Me sorprendió que supiera mi nombre, aunque mi abuela me había dicho que ella me conocía. De cualquier forma, su actitud parecía envolver algo incierto, suficiente para haberme inquietado, pero la tersura y la calidez de su mano hicieron que sintiera por ella un inesperado afecto. Una tranquilidad que asocié a su presencia y a la quietud con que sus ojos se posaban en los míos, como delicadas gemas iluminadas por un brillo propio. No recuerdo bien por cuánto tiempo la mujer mantuvo su mano sobre mi cara, pero incluso después retirarla, una tibia sensación siguió abrigando mi piel. Mi abuela, que nos observó en completo silencio, había esbozado una tibia sonrisa que desapareció cuando la mujer se dispuso a regresar a su lado. En ese momento su rostro adquirió una grave expresión, apenas suavizado por la liviandad de la penumbra.

—¿Está despierto? —le preguntó.

La mujer pasó junto a mi abuela hasta al arrimo, en donde se detuvo a observar las flores que bajo el influjo de trémulas sombras parecían mutar de formas y colores.

—Se esfuerza enormemente —respondió ella, después de un momento de silencio.

La abuela paseó su vista por la habitación, que finalmente posó sobre la llama que chispeaba en la palmatoria sostenida por la mujer.

—Lo siento, Laura —dijo, suavizando un poco la voz—. Tanto como tú.

Al escuchar su nombre, de inmediato tuve la sensación de que la mujer adquiriría otra cualidad, como si hubiese sido expuesta ante mí fuera de esa reserva en la que parecía habitar.

—Lo sé —susurró ella, con evidente pesar, mientras acomodaba las flores. Las tomaba con ternura y sus dedos, delgados y parsimoniosos, parecían acariciarlas detenidamente mientras se sumía en sus ideas. De pronto miró a mi abuela.

—No creo que pueda seguir así por más tiempo —dijo otra vez—. Aunque

quizá es lo que deba pasar.

—Así es, y también él sabe... es algo de lo que está consiente.

Mi abuela se lo dijo segura, alzando serenamente la voz. Laura, que la escuchó en silencio, repentinamente deslizó su vista hacia mí. En ese momento, cuando me miró con atención, con un interés que parecía colmar el brillo de sus ojos oscuros, supuse que ella era la mujer a la que mi abuela visitaba.

Empezó a hablarme de esas visitas no hace mucho, sin que yo se lo pidiera. Es verdad que en algún momento sentí curiosidad al notar que ella, ante mi presencia y curiosidad, se encargaba de disimularlas. Pero por alguna razón yo suponía que si actuaba de ese modo, era porque los motivos que tenía para hacerlo merecían esa discreción de mi parte. Sus comentarios sobre el tema empezaron de un día para otro. Aunque yo no sabía nada del lugar ni de las personas sobre las empezó a referirse. Intentaba hablarme de alguna forma que yo lo entendiera. Pero ante esto, me daba cuenta de que a medida que hilvanaba el relato, este se tornaba confuso, como si el orden de sus ideas fuera el resultado de una pugna entre las que representaban mayor gravedad y las que no. Por eso, a veces, yo no consideraba la importancia que cada una representaba, y terminaban pareciéndome insustanciales y difíciles de entender. Así, su confusión provocaba la mía y cuando había una pausa en medio de la conversación casi nunca sabía qué decirle. «Son excelentes personas —continuaba, después de prolongadas pausas—. Los conozco desde siempre». «Ellos saben mucho de ti, te conocen bien», aseguraba también. Se refería a una mujer que de seguro debía quererme, tanto como ella, hasta que luego caía otra vez en dudas y silencios. Pero sobre todo hablaba de un hombre, con especial emoción. A veces estas eran de alegría, otras, la mayoría, pesar. Como yo no lo conocía, las vagas ideas que lograba hacerme de él me impedían construir su figura. En alguna ocasión mi abuela lo describió como a alguien que «estaba enfermo». Una vez, mientras secaba sus lágrimas después de haberlo recordado, me abrazó suavemente y me dijo que de muchas formas yo se lo recordaba. Para mí eran anécdotas. Eslabones de sucesos que siempre desencadenaban su desazón. Pese a todo, yo valoraba el hecho de que aunque no le gustaba mucho hablarlo, ella lo hacía por alguna razón. Cada vez con más frecuencia y calma, como si de esa forma quisiera facilitarme algunas cosas. De todas formas mediante mi silencio y atención, mis consuelos cuando la veía afligirse, intentaba, de alguna manera, hacerme parte de sus sentimientos. Sin embargo, en varias ocasiones pensé que no era necesario que continuara hablándome de eso. Sentía que no importaba lo suficiente como para interesarme por esas personas. Los percibía lejanos, como personajes de una historia imaginaria. Pero ella quería acercarme a ellos. Buscaba la manera de hacerlo. Yo lo había advertido. Y si hay algo que podía hacer, era compartir los mismos sentimientos que ella abrigaba. Porque también nuestra complicidad era

así. La habíamos construido en ese mundo que era nuestro, en el que para mí no hubo hermanos, ni más padres que solo ella. En ese espacio nos entendíamos. Además, desde que había empezado a contarme lo de las visitas, durante todo este tiempo, de alguna forma logró familiarizarme con las personas y el lugar en el que me encontraba, mientras Laura seguía mirándome quieta, casi como una estatua tan solo animada por el débil vaivén de las velas, e imaginaba —o intentaba hacerlo— a esa otra persona que allí habitaba. Al hombre. A quien de pronto, no sé por qué, asocié a la casa. A su oscuridad. A los sitios sombríos —iluminados a propósito por fuegos exangües—, como si por algún motivo él fuera todos ellos, impregnándolos de su presencia desconocida y velada para mí. Y que la promesa hecha a mi abuela, de que no me preocuparía por nada porque a pesar de todo entendería los motivos por los que había decidido traerme, había sido una promesa para él también. De pronto mi corazón empezó a palpar con fuerza, ante ideas que cruzaban mis pensamientos sin explicación.

—¿Sabes que hay alguien que quiere verte, Horacio? —dijo Laura, al fin.

—Sí —le contesté, moviendo tímidamente la cabeza, aunque con una certeza en la voz que sentí necesaria expresar.

Me miró otro momento. La penumbra, que suavizaba aún más sus delicados rasgos, le otorgaba a estos una apariencia casi maternal. Aunque su tranquilidad fue evidente en todo momento, mi respuesta produjo sobre ella el mismo efecto que tuvo para mi abuela: pareció aliviarla. Con un movimiento apaciguado, tomó entre sus dedos una parte del manojo de lirios. Luego se dirigió a mi abuela. «Vamos», le dijo, y se hundió en la misma oscuridad desde la que había aparecido.

La seguimos lentamente por un pasillo largo y estrecho. A cada paso de Laura, la débil aureola proyectada por la vela extraía desde la oscuridad los marcos de muchos cuadros y fotos que colgaban desde las paredes, tal vez sin moverse de allí por años. Era difícil saber de qué se trataban ya que el polvo las opacaba, pero me pareció ver personas retratadas cuyas expresiones desaparecían tras el papel viejo. Otras eran de parejas abrazadas y familias reunidas, junto a las de alguien que posaba frente a un paisaje, un exterior o algo similar. Yo veía iluminarse esas imágenes por un instante, hasta que eran tragadas nuevamente por la bruma. Por momentos tuve la sensación de que además algo persistía allí, en el aire, flotando casi palpable. Distinto a lo que persistía en la atmósfera del jardín o del zaguán, del que nos habíamos alejado. Era la pesadez del encierro, el hedor que expelen las habitaciones clausuradas a las que nunca se vuelve a entrar, y dentro de las que los muebles y objetos abandonados son consumidos por la humedad y el hambre de las polillas, hasta que el deterioro deja sus restos sobre el mismo sitio en el que fueron olvidados. Ese olor, de pronto, se hizo más perceptible a medida que las puertas aparecían a los costados del pasillo. Unas estaban fijadas

con tablas, igual que las ventanas y el balcón de afuera. Las que estaban abiertas parecían pasadizos dentro de los cuales solo se percibía la pesada tiniebla, y que con seguridad conducían a lugares deshabitados, a otras entrañas de la casa. La silueta de Laura se desdibujaba contra el brillo difuso de la vela, convirtiéndose como en un espectro que discurría en sus dominios. La abuela continuaba en completo silencio. Conocía bien este lugar. Lo había recorrido antes, supuse, en innumerables ocasiones. Por eso estaba acostumbrada a esta oscuridad y a su peso, a los olores que llenaban el aire y que se volvían uno con el silencio que parecía brotar desde todo lo que nos rodeaba. Nada de eso la había inquietado. Ni a mí. En ninguno de los lugares por los que habíamos pasado sentí un verdadero temor o angustia. Si no que extrañamente, solo el efecto de un constante sosiego que a ratos me inundaba. Aunque de pronto me estremecí al escuchar un ruido que llegó a nosotros, proveniente desde el fondo del pasillo en donde la luz no alcanzaba a iluminar. Fue rápido, como un golpe contra una pared. Casi me detuve. Incluso estiré un poco el brazo y rocé levemente el de la abuela. Aunque pareció no percatarse —o simuló no hacerlo— ya que ni ella ni Laura se preocuparon por el ruido. Solo habíamos dado unos pasos más cuando se volvió a escuchar. Se trataba de la tos de un hombre cuyos ecos, después de quebrantar gravemente el silencio, se quedaban resonando en el aire. En ese instante supe que era él. Volvimos a escucharlo un par de veces más hasta que aparentemente se detuvo. Nosotros ya habíamos llegado ante la habitación en donde seguro estaba. Laura volteó. Sus ojos húmedos, que destellaban frente al vaivén de la llama, pasaron rápidamente desde la abuela hacia mí. Sin decir nada, abrió la puerta.

Muebles arrinconados, cubiertos por enormes paños arrugados y endurecidos bajo las sombras. Estanterías y cajas repletas de objetos cuyas formas o propósitos, a simple vista, no era posible descifrar del todo. Libros apilados y manoseados una y otra vez, en el olvido de lecturas a medias y relegados a soportar platillos y botellas que echaban sobre ellos los restos grasosos de velas derretidas. Colgadores, sillas, percheros engrosados por sucesivas capas de ropa colgada al azar; abrigos, camisas, pantalones, batas. Todo en la pieza escapaba ya al tedio del constante orden y parecía convertirse en una masa inanimada de espectadores que concentraban su atención sobre el espacio central en donde estaba el hombre, cubierto por la penumbra y una sábana que lo transfiguraban en un elemento más entre los que permanecían a su alrededor. Laura avanzó hasta él y dejó la palmatoria junto a la cama, sobre un pequeño velador. Mi abuela se quedó junto a mí por un momento, sin decir nada. Aunque yo pensé que lo haría, que un sentimiento repentino la abatiría. Pero el silencio se volvió pesado. Tan solo los delicados movimientos de Laura se deslizaban sigilosos por el aire, al cambiar desde un florero los restos secos de unos lirios por los que había traído, y vaciar después el agua de una botella a un vaso. En ese momento una nueva tos estremeció al hombre. De inmediato, Laura posó una de sus manos sobre el pecho agitado y después de acomodar la

almohada al bamboleo de su cabeza, él inspiró débilmente. «¿Es Horacio?», escuché que preguntó, casi exhausto, con una voz honda, cavernosa, que me pareció dotada de una cualidad que la hacía unirse al espacio, como si algo en ella fuese igual a la sustancia que llenaba los lugares en los que se disipaba. «Sí, está aquí», le susurró ella al oído, mientras se inclinaba junto a él. Mi abuela, como si ambas lo hubiesen ensayado, posó su mano en mi hombro y me condujo unos pasos hasta el hombre, mientras Laura, en un movimiento casi solemne retrocedió ante mi avance. Todo ocurrió de una vez, sin más preámbulos que haber caminado por la casa como en una procesión. Al llegar junto a la cama, él ya estiraba su brazo para alcanzarme. Instintivamente yo hice lo mismo. Su mano era pesada, pero tibia, lo que me produjo una repentina conmoción. Al mantener mi atención en ella —huesos prominentes y anchos—, mientras me apretaba con una fuerza ajena a la manifiesta debilidad de su cuerpo, me fui dando cuenta de las oscuras pústulas que la cubrían y que al parecer, tras cicatrizar difícilmente, dejaban enormes manchones que se extendían hacia la piel sana. Los mismos que, aunque casi imperceptibles, desde hace un tiempo la luz había comenzado a provocar tímidamente en mi piel, y que se manifestaban tras la aparición de diminutos sarpullidos. Ese rechazo a cualquier tipo de luz —excepto a la del fuego o el de las velas— me impedía estar mucho tiempo expuesto a ella, porque de lo contrario debía soportar fuertes irritaciones que, algunas veces, llegaban a descompensarme. Al dirigir mi mirada a través del brazo, el daño empeoraba y se extendía hacia el torso —y con seguridad al resto del cuerpo— que se ensanchaba y contraía vistosamente al respirar.

Cuando miré la cara del hombre, no tuve miedo. Tampoco me pareció repulsiva. Creo no haber podido distinguir del todo sus facciones, que casi desaparecían entre diversas inflamaciones y cicatrices que las deformaban. Sin embargo, sus ojos lograban abrirse entre la rugosidad de su piel lacerada. Cuando los miré, mientras su mano continuaba sosteniendo la mía, un sentimiento que surgió desde ellos provocó mi silencio. No quise decir nada. Tal vez porque en ese instante entendí, aunque vagamente, algunas cosas, quizá las que más importaban. Igual que el hombre, que si bien inspiró como para decir algo —lo percibí—, por alguna razón prefirió no hacerlo. El primer sollozo provino de Laura. Creo que me sobresaltó un poco. Al mirarla, sin embargo, no parecía afligida. Solo limpiaba una lágrima que se deslizaba por su mejilla. La abuela, al otro costado del lugar, casi sumida en las sombras, miraba la escena con evidente tristeza. Pero estuve seguro de que mantendría la serenidad porque yo, tal como se lo prometí, mantuve la mía. De pronto el hombre soltó mi mano y llevó la suya lentamente a su pecho. No dejó de mirarme. No sé —o no recuerdo bien— por qué empecé a caminar. Ambas mujeres me observaron con sorpresa, pero no intentaron detenerme. Fui tranquilamente desde la cama hasta la puerta y salí de la pieza, dejando atrás su débil y cálida penumbra. Como adormecido por el extraño sosiego que había sentido antes, caminé por el pasillo. Al fondo, como si viera una



pequeña salida al final de un pasadizo, resplandecía la tenue luz del zaguán. Transité sumido en la oscuridad y aunque me envolvía fríamente, parecía abrigarme. Las alfombras del piso apagaban los sonidos de mis pasos haciéndose un repentino silencio a mi alrededor. Tanto que lograba escuchar cómo mis latidos me golpeaban el pecho, subiendo hasta mi boca y sienes. Al llegar al zaguán, los resplandores ambarinos que lo iluminaban me causaron un evidente bienestar, como antes, cuando sentí que me acariciaban. Mis manos temblorosas abrieron la puerta. Al salir, el jardín en la oscuridad me pareció benévolo, como si de alguna forma me invitara a transitar entre sus sombras, entre todas las cosas que en él dormían tranquilamente. Al sentir que los ojos se me humedecían, respiré profundamente el aire fresco de la noche.